

Williams continuó de estación en Raiatea; pero visitó de cuando en cuando á Raratonga. En 1827 acompañó al señor Pitman y á su esposa, quienes se iban á establecer allí como misioneros. Encontraron que la mayor parte de los antiguos ídolos habían sido destruidos, y que el sentido moral y religioso del pueblo había mejorado grandement. Impúsose entonces Williams la obligación de traducir pasajes de la Biblia en el dialecto popular, pues los libros conocidos hasta entonces por los misioneros estaban en el idioma tahitiano. Con este motivo redujo el dialecto de Raratonga á una forma escrita y un sistema gramatical. Á petición suya fué también construída una iglesia. El diseño y el arreglo fueron según sus planos, y los jefes y los indígenas le ayudaron tan alegremente y con tanta disposición que el edificio estuvo terminado en dos meses. Fué construído sin un solo clavo, ni siquiera un pedazo de hierro. La capilla tenia capacidad para unas tres mil personas.

Ocurrió un hecho curioso durante la ejecución de la obra. Un día llegó el señor Williams sin su escuadra. Tomó un pedazo de madera, y con un carbón escribió un mensaje para su mujer, pidiéndole que le enviase la escuadra con el portador. Llamó á uno de los jefes, y le pidió que llevase ese pedazo de madera á la señora de Williams. Lo tomó y preguntó: « ¿Qué debo decirle? » « No tenéis que decirle nada, la tablita le dirá todo lo que deseo. » El jefe se marchó, creyéndose tonto. Al dársela á la señora de Williams, la leyó ésta y la arrojó; trajo en seguida la escuadra y se la dió al jefe. Éste se apoderó de la tablita, y salió corriendo, al mismo tiempo que vociferaba: « ¡Ved la sabiduría de estos ingleses! ¡pueden hacer hablar á las tablitas! » La ató á un cordón y se la colgó al cuello. Durante algunos días se le vió rodeado por grupos de personas, que escuchaban con vivo interés lo que se refería sobre las maravillas que había hecho la tablita.

No apareciendo ningún buque por la isla, con el cual pudiera regresar á su estación de Raiatea el señor Williams, se puso á aprovechar el tiempo lo mejor posible. Fundó escue-

las, en las que enseñaba á leer al pueblo. Sin embargo, eran muy torpes como estudiantes, comparados con sus despiertos hermanos de las Islas de la Sociedad. El idioma en que se enseñó primeramente era el tahitiano, pero para ellos era como un idioma extranjero. Sólo después que hubo traducido el evangelio de San Juan y la epístola de los Galateos al dialecto de Raratonga fué cuando principió la gente á aprender bien; y después hicieron rápidos progresos.

Formóse una conspiración por algunos jóvenes turbulentos y disolutos, para asesinar á Williams y á su colega, y arrojar sus cadáveres al mar, mientras pasasen de Raratonga á la isla vecina de Tahaa. Afortunadamente fué descubierta la conspiración. Tuvieron una conferencia los jefes, y resolvieron matar á los cuatro cabecillas. Intercedió Williams, é imploró á los jefes para que no les quitasen la vida. Durante la conversación preguntaron los jefes qué harían los ingleses en iguales circunstancias. Se les dijo que en Inglaterra había leyes y jueces, por quienes eran juzgados y castigados todos los delinquentes. « ¿Por qué no podremos nosotros tener lo mismo? » preguntó el jefe.

Con este motivo se convino en establecer un código de leyes, como base de la justicia pública. Los señores Williams y Threlkeld lo prepararon en lenguaje sencillo y claro. Al mismo tiempo incluyeron la mayor barrera contra la opresión, el juicio por jurados. En el interin había sido nombrado un juez, *pro tempore*, que juzgó á los criminales. Fueron desterrados por cuatro años á una isla desierta.

Después de esperar mes tras mes en Raratonga, y no apareciendo buque alguno que pasase al alcance de la vista, se resolvió Williams á adoptar la resolución más extraordinaria, y ésta era de construir un buque con sus propias manos. Tenia gran carencia de herramientas, y no tenía ni una de las que se usan para la construcción de buques. Su primer paso fué hacer un par de fuelles de herrero. En la isla había cuatro cabras, una de las cuales daba leche; las otras tres fueron sacrificadas, y con sus pieles consiguió hacer después de tres

ó cuatro días de trabajo, un par de fuelles de fragua. Pero en vez de soplar el fuego, lo aspiraban. Muy luego tuvieron una desgracia los fuelles. Por la noche, las ratas se comieron hasta el último pedacito de los cueros de las cabras, de modo que á la mañana siguiente no se encontraron sino las tablas peladas. Resuelto á llevar á cabo su propósito, se le ocurrió á Williams que, si una bomba sacaba agua, tenía que arrojar necesariamente el aire si era hecha con los mismos principios. Después de muchas dificultades, construyó al fin una máquina que llenaba el objeto.

Con esta *bomba de viento* hizo todo lo que era de hierro, usando una piedra perforada como el caño que se usa en su extremo, una piedra grande como yunque, y unas tenazuelas de carpintero como tenazas. Usó carbón de leña en vez de carbón de piedra, hechó de cocos y otros árboles. Como no tenía serrucho rasgaba con cuñas los árboles, y en seguida los alisaban los indígenas con pequeñas hachas de piedra. Cuando necesitaba un tablón torcido, doblaba un pedazo de bambú en la forma requerida, ó mandaba á los bosques á que trajesen un árbol torcido, y partiéndolo, obtenía dos tablas que respondían á sus propósitos. Teniendo muy poco hierro, taladró grandes agujeros en las maderas y á través de los tablones interiores y exteriores del buque, metiendo á golpes de martillo unos pernos de madera, con los cuales quedaba perfectamente asegurada toda la fábrica.

La cáscara del coco fué usada como estopa. La corteza del hibisco se utilizó para cuerdas y cabos, á cuyo efecto se construyó una máquina de hacer cuerda. Las esteras en que dormían los indígenas se usaron como velas, y fueron acolchadas para que resistiesen á los vientos. Se construyó un palo lata, y el *aito* ó palo de hierro se utilizó para las roldanas de los motones. El ancla era de madera, y también fué usado un barril lleno de piedras. El buque era de setenta á ochenta toneladas de carga. Después de unas quince semanas de trabajo, fué botado al agua el *Mensajero de la Paz*. En seguida se le puso el timón. Esta importante obra costó muchas dificultades.

No teniendo hierros suficientemente largos para machos de timón, fueron hechos éstos de un pico de azada, una azuela de tonelero, y un gran azadón. Con esta mezcla de piezas de hierro, fué asegurado el timón, y estuvo pronto para darse á la vela este buque maravilloso.

Creendo que sería peligroso dirigirse á Raiatea en las islas de Tahití, que estaba distante de allí más de ochocientas millas, se resolvió ir primeramente á Aitutake, que sólo estaba á unas ciento setenta millas de distancia. Make, rey de Raratonga, acompañó la expedición. Se vió que el buque era bueno para la mar. El viaje á Aitutake se llevó á cabo sin más accidente serio que la rotura del palo del trinquete, debido á la inexperiencia de la tripulación indígena; y sin embargo, había luchado el buque contra un fuerte viento, y un mar muy agitado. Afortunadamente tenía Williams un compás y un cuadrante, y esto hizo que pudiese hacer el viaje sin mucha dificultad. Nada le sorprendía tanto al rey como el hecho de decirle anticipadamente en qué dirección se vería primero la tierra. Preguntaba continuamente cómo era posible que pudiéramos decir con toda precisión la referente á aquello que no podíamos ver. Una de sus expresiones fué: « Nunca volveré á llamar guerreros á los hombres que se baten en tierra; sólo son dignos de ese nombre los ingleses que combaten contra los vientos y las olas del océano. »

El *Mensajero de la Paz* permaneció en Aitutake unos ocho ó diez días, y embarcó un cargamento de retorno. Consistía principalmente en ¡cerdos, cocos y gatos! Los cerdos de Raratonga eran pequeñísimos y muy difíciles de criar; y por esto fueron importados setenta de una cría muy superior. Es fácil de explicar la razón de formar parte del cargamento los gatos. Las ratas abundaban en Raratonga. Eran como una de las siete plagas de Egipto. Andaban sobre las mesas entre los alimentos. Se apoderaban de pedazos de carne y de pan. Subíanse y se acostaban sobre las sillas. Dormían en las camas. « Mientras estábamos arrodillados haciendo nuestras oraciones en familia, dice el señor Williams, corrían entre nosotros y

hubieran trepaban por nuestras piernas si las hubiésemos dejado.

Great rat, small rats, lean rats, brawny rats,
Brown rats, black rats, gray rats, tawny rats,
Grave old plodders, gay young friskers,
Fathers, mothers, uncles, cousins,
Eocking tails and pricking whiskers,
Families by tens and dozens,
Brothers, sisters, husbands, wives ¹.

En realidad, la mitad de los alimentos se la comían las ratas en Raratonga. Se comieron los fuelles del señor Williams, Se comieron los botines de la señora de Pitman. Y cuando les faltaba alimento, se convertían en caníbales, y se comían á sus ratitas. Los gatos eran, pues, un aumento bien venido para la población de Raratonga. Muy pronto hicieron una barrida de ratas, ayudados por los cerdos recién importados, que se hicieron voracísimos, y ayudaron á limpiar la isla de esa intolerable molestia.

No se satisfizo Mr. Williams con permanecer quieto en su misión de Raiatea. Toto iba bien allí. Pero había otras islas que conquistar, y resolvió conquistarlas. Se sentía lleno de vida, de vigor, de valor. Hacia el oeste había varios grupos de islas, que nunca habían sido visitadas por los misioneros — los grupos Hapai, y Samoa. Hizo su excursión entre ellos en e *Mensajero de la Paz*, y realizó los mismos fines que había llevado á cabo en otras partes. Destruyó la idolatría, y estableció el culto del Dios verdadero.

« El cristianismo triunfó, decía el señor Williams, no por la actividad humana, sino por su propio poder moral; por la luz que esparció, y por el espíritu de benevolencia que ha diseminado, porque *la bondad es la llave que abre el corazón hu-*

1. Ratas grandes, ratas chicas, ratas flacas, ratas gordas, ratas castañas ratas negras, ratas grises, ratas pardas, viejas de aspecto grave, jóvenes alegres y retozonas, padres, madres, tios, primos, colas paradas, y bigotes tiesos, familias por decenas y docenas, hermanos, hermanas, maridos y mujeres.

mano, ya pertenezca éste á un salvaje ó á un hombre civilizado. Cuando eran tratados con bondad abrazaba inmediatamente la multitud la verdad; porque atribuían naturalmente esta transformación poderosa en sus jefes antes tan feroces, á la benigna influencia del Evangelio sobre sus espíritus. » « Hay dos palabritas en nuestro idioma que siempre he admirado : *prueba y confía*. No sabréis lo que podéis ó no podéis realizar, hasta que hayáis *probado*; y si hacéis vuestros ensayos practicando la *confianza* de Dios, desaparecerán montañas de imaginarias dificultades al aproximaros á ellas, y se os presentarán facilidades que jamás habríais podido prever! »

Después de algún tiempo más, resolvió el señor Williams hacer una visita á Inglaterra. Habiendo enviado al *Mensajero de la Paz* á Tahití para ser vendido, tomó pasaje en un buque ballenero que se dirigía á Londres, donde llegó en junio de 1834. Presentó su manuscrito del Nuevo Testamento en dialecto raratongo á la Sociedad Bíblica Inglesa y Extranjera. Se ordenó su impresión. También escribió una relación de las circunstancias más importantes de su extraordinaria carrera de misionero ¹. La aparición de este escrito despertó el más profundo interés. Habló en numerosos *meetings* en toda Inglaterra. Hizo amistad con muchos de los dignatarios de la Iglesia establecida, y con hombres eminentes por su ilustración en las ciencias, y con muchos individuos de la nobleza. Se le hicieron donaciones en ayuda del objeto general de su misión. La municipalidad de Londres votó por unanimidad una suma de quinientas libras esterlinas para su sostén. En todo, hubo suscritas cuatro mil libras esterlinas. Con éstas se compró el buque misionero *Campden*; y el 11 de abril de 1838, se hizo á la vela desde Gravosand con el señor y la señora Williams á bordo, y otros diez y seis misioneros, que debían ser dejados en sus respectivas estaciones.

1. Narracion de empresas misioneras en las Islas del Mar de Sur; con observaciones sobre la Historia Natural de las islas, origen, idioma, tradiciones y costumbres de los habitantes, por el reverendo Juan Williams, de la Sociedad de Londres.

Llegó salvo el *Campden* á las islas del Mar del Sur. Después de haber hecho el señor Williams una excursión por las islas de la Sociedad y en las que ya se habían establecido misioneros, procedió á visitar las islas que estaban más hacia el oeste, en las cuales aun nada se había hecho para instruir á los salvajes. La expedición marchaba satisfactoriamente, cuando finalmente llegó el *Campden* á Erromanga, en el grupo de las Nuevas Hébridas. Una partida del buque desembarcó en la bahía de Dillon. Parece que los indígenas habían sido irritados por el bárbaro trato que habían recibido de la tripulación de un buque que había visitado anteriormente la isla. En represalia atacaron á los misioneros que acababan de desembarcar. El señor Williams y su amigo el señor Harris fueron muertos y comidos.

Así pereció á los cuarenta y cuatro años de edad uno de los hombres más nobles y desinteresados. Para él consistía el deber en hacer el bien. Esparció abundantemente las semillas del cristianismo y de la civilización. Fué un hombre de inquebrantable perseverancia. Nada lo contenía en su tarea de hacer obras de misericordia; y con todo, podía esperar con paciencia. Sabía que tendría que llegar el tiempo en que habían de florecer y dar fruto las semillas que sembraba. Sus obras han vivido después de él. Hasta los caníbales de Erromanga abandonaron al fin la idotatría, y recibieron con placer las verdades del cristianismo.

Otros nobles obreros continuaron el ejemplo de Williams. El reverendo Jorge A. Selwyn fué consagrado obispo de Nueva Zelandia en 1841. En el acto se dedicó á llenar los deberes de su misión ¹.

1. En una de sus cartas dijo Sydney Smith en su modo burlón: « El consejo que envié al obispo de Nueva Zelandia, cuando se preparaba á recibir allí á los jefes caníbales, fué que les dijera: « Siento profundamente, señores, no tener en mi propia mesa cosa alguna del gusto de ustedes, pero encontrarán bastante cura frío y sacerdote asado en la alacena, » y si á pesar de esta prudente provisión concluyeran sus visitas comiéndoselo también á él, entonces sólo podría agregar: « Espero sinceramente que él no estuviera conforme con ellos. » En este último sentimiento debe haber convenido cer-

Después de siete años de incesante trabajo en la tierra firme de su diócesis, pareció al obispo que, en cumplimiento de la misión que le había sido confiada por el primado inglés, había llegado la época de procurar llevar á cabo la evangelización de los cinco grupos de islas, entre la Nueva Zelandia y el Ecuador, á las que se ha dado el nombre de Melanesia; y durante los doce años siguientes le ocupó mucho de su tiempo esta tarea misionera. Al principio estaban divididas las opiniones respecto de la prudencia y oportunidad de la empresa, y eran disculpables las personas moderadas, que la consideraban demasiado romántica para ser realizable.

Á las representaciones de sus amigos sobre el peligro personal que llevaba consigo, contestó con el axioma: « Que donde un negociante quiere ir para traficar, allí debe ir el misionero para el tráfico de las almas; » y escribió á su padre: « Es deber del misionero llegar hasta el extremo del arroyo, hasta exponerse á un peligro cierto y conocido. En esas islas ha de arriesgarse algo, si se quiere hacer alguna cosa. »

El peligro era ciertamente grande, particularmente cuando él no permitía nunca arma alguna á bordo de su buquecito; y en una ocasión en Malicolo, en las Nuevas Hébridas, donde parece que tan sólo « su perfecta serenidad y porte digno (usando las propias palabras del capitán Erskine) le salvaron á él y á sus compañeros, del fin que poco antes había tenido Williams en Erromanga, y que algunos años después acaeció á Patteson en Nukapu ».

Á una objeción de otra clase, de que tendría que descuidar su propia diócesis, y que sería tener muchos hierros en el fuego, opuso su convicción de que podría emprender la inspección personal y la superintendencia de toda la Melanesia, no solamente sin perjuicio, sino con el mayor beneficio posible para su propia obra en Nueva Zelandia. Su corazón estaba en esas lejanas islas, afligido por sus oscuros habitantes con un

dialmente conmigo; y, en general, debe haberlo considerado como una útil indicación, y lo habrá aceptado con amabilidad. » — *A Memoir of the rev. SYDNEY SMITH*, 1. 336.

amor fraternal; y sentía como si Dios, al conducirlo en su providencia á ser un marino completo, le hubiera « marcado su senda sobre la elevada ola, su hogar sobre el abismo ».

El reverendo Juan Coleridge Patteson fué á ayudar al obispo Selwyn. Era éste otro hombre noble y lleno de abnegación. Pudo haber obtenido ascenso honorable en Inglaterra, pero prefirió entregarse completamente á la causa de las misiones. Se fué á Nueva Zelandia en 1835. Se le nombró para convertir á los indígenas de un grupo de islas que rara vez habían sido visitadas desde su descubrimiento por el capitán Cook. Tenían fama de canibales. Formaban un tercer grupo al redor de la curva noreste de Australia, y consistía de las Nuevas Hébridas, islas Banks, islas Salomón, é islas de Santa Cruz. Los habitantes eran llamados milanesios, ó isleños negros, por tener el color bastante negro.

Después de permanecer algún tiempo en Nueva Zelandia estudiando los idiomas indígenas, y aprendiendo la navegación con el propósito de manejar la *Cruz del Sur*, la goleta misionera, se hizo Mr. Patteson á la vela para la isla Norfolk, acompañado por el obispo. En seguida á Aaiteum, ocupada por la misión presbiteriana escocesa. Pasaron por Erromanga, donde fué asesinado Williams; una isla con bosques, bella sobre toda ponderación. Después á Faté, donde habían sido muertos los maestros de Samoa. El buque pasó la isla del Espíritu Santo, con su cadena de montañas como de cuatro mil pies de altura. Luego tocó el buque en la isla Remael, yendo á tierra á nado el obispo y sus compañeros sacerdotes y haciendo amistad con los indígenas, que eran maories. Varios muchachos fueron llevados de la isla, para ser educados como maestros en el colegio de San Juan, en Nueva Zelandia.

Arribó en seguida el buque á Mara, en las islas Salomón, donde se vió que aunque hablaban el maorí, les habían dado los marineros un conocimiento de las peores y más abominables frases del idioma inglés. El grupo que se vió después fué la isla grande de Santa Cruz. Los indígenas se aproximaron en sus canoas con ñame y taro; pero el número era tan grande

que no se podía hacer ningún trabajo ordenado. Navegaron dando vuelta á toda la isla, y vieron la ígnea exterioridad del gran volcán. Prosiguieron á Nukapu, ahora llena de melancólico recuerdo, por haber encontrado allí la muerte el obispo Patteson. Los indígenas se aproximaron en canoas llevando fruta del pan y cocos. Después de una travesía mucho más larga, á Tubua, Vanicova, y al grupo de islas Banks, regresó á Nueva Zelandia la *Cruz del Sur*.

Éste era, pues, el camino misionero que tenía que recorrer, Mr. Patteson. Escribiendo á Inglaterra, dijo: « No creáis en la ferocidad de los indígenas. Cuando sus pasiones son excitadas, cometen hechos espantosos, y son en general canibales, esto es, después de una batalla hay siempre una fiesta canibal, de otro modo no. Pero tratadles bien y prudentemente, y estoy informado de que hay poco peligro en visitarlos, entendiendo por esto, el desembarcar en la costa por la primera vez, yendo quizá la segunda á un villorrio indígena, durmiendo en tierra la tercera, pasando diez días la cuarta, y siguiendo así. »

Describió su método fundamental de enseñar á los indígenas. Se mantenía firme en el hecho de que el hombre había sido creado á la imagen de Dios. Predicando una vez en Sydney, dijo: « Este amor, una vez nacido en el corazón del hombre, tiene forzosamente que pasar á sus hermanos... El amor es el principio vivificador de todo. En cada estrella del firmamento, en las brillantes y espumosas olas del mar, en toda flor del campo, en toda criatura de Dios, y sobre todo, en toda alma viviente de hombre, adora y bendice la belleza y el amor del gran creador y conservador de todo. »

« Mi querido padre, dice, habla lleno de ansiedad sobre el caso de Dénison. ¡De veras! es un motivo de gratitud poder estar fuera del ruido de la controversia, y encontrar á millares que desean vivamente las migajas sacudidas bruscamente de estas enojosas disputas. No es la Iglesia alta, ó baja, ó amplia, ó cualquier otro nombre especial, sino el anheloso deseo de olvidar todas las distinciones, y volver á un estado de cosas

más sencillo, lo que parece emanar naturalmente del conocimiento que se tiene á la sola vista de estas poblaciones paganas.»

Patteson se fué á hacer sus visitas á las islas de Melanesia, esperándolo todo y no temiendo cosa alguna. Se le estimaba mucho por los hombres y las mujeres. Cuando estaban presentes las mujeres, sabía que estaba salvo. Todo lo hizo confiando en los individuos. Fué á Futuma, yendo á tierra con el agua hasta la rodilla. Después á la isla Faté, de cuya población se decía que era de las más brutales de esos mares. Eran caníbales y habían muerto á toda la tripulación del *Royal Sovereign*, cuando naufragó en la costa de la isla; se habían comido nueve hombres en una ocasión, habiendo enviado los otros nueve como obsequio á sus amigos.

En 1861 fué consagrado Juan Coleridge Patteson obispo misionero de las islas de Melanesia. Continuó en su tarea como hasta entonces. Á menudo estuvo en peligro de muerte. Iba entre los indígenas solo y desarmado. Podían concluir con él de una vez con una flecha envenenada. Sin embargo, siempre estaba contento y lleno de celo. «¡Gracias á Dios! dice, para apoyarme puedo recurrir á muchos puntos sólidos de consuelo, el primero de todos, ÉL lo ve y lo sabe perfectamente. También ve á los isleños, y los ama, infinitamente más de lo que yo puedo hacerlo. Yo creo que ÉL me envía á ellos. Bendecirá todos los puros esfuerzos que se hagan para cumplir su voluntad entre ellos. La luz está brotando en Melanesia; y hallo gran consuelo en este pensamiento y tengo presente que poco importa que no lo sea en mi tiempo; pero no hay más; he de continuar trabajando.»

En otra parte dice, cuando habla de los hombres que iban á serle enviados para ayudarle: «Un hombre que se forma la idea sentimental de islas de corales y de cocos, es peor que inútil; un hombre que está posesionado del pensamiento de que está haciendo un sacrificio no servirá nunca; y el hombre que considere cualquier clase de trabajo como indigno de un caballero, sólo servirá de estorbo, y se sentirá molesto al ver que

el obispo hace lo que él considera degradante para sí mismo. Y si el hombre á propósito es impulsado por la gracia de Dios para venir á estos parajes, ¡qué bienvenida le daremos y cuán felices estaremos muy luego en un trabajo, cuyos abundantes beneficios nadie puede conocer tanto como nosotros!»

No era por dinero por lo que estos sacerdotes abandonaban á Inglaterra. Era únicamente por cien libras esterlinas anuales, que después fueron aumentadas á ciento cincuenta. Pero ellos enseñaban todo á los indígenas, hábitos de economía, de cuidado, puntualidad, aseo, y demás cosas por el estilo. ¡Cuán carácter es originado por estas virtudes domésticas! El obispo estableció escuelas y colegios por doquiera que iba. Hizo que los muchachos isleños le acompañasen en sus viajes, para que éstos entendieran su idioma y él el de ellos. En Santa Cruz, en 1864, les arrojaron flechas al obispo y á su gente. Uno de ellos, Pearse, recibió en su pecho una flecha; y Edwin Nobbs recibió otra en el ojo izquierdo. Uno de los remeros, Young, tuvo la muñeca izquierda atravesada. El obispo les sacó las flechas, la del pecho después de una larga operación. Fisher Young murió del tétano. Cuando se hallaba moribundo, le dijo al obispo: «Besadme; estoy contentísimo por haber cumplido con mi deber.» Nobbs murió de la misma enfermedad. Pearse se restableció, á pesar de haber sido su herida la más grave.

Después visitó las islas Norfolk, Pitcairn, las Nuevas Hébridas, las Fijó, las de Salomón, y las de Tahití, haciendo el bien en todas partes, y conquistando nuevos miembros para la Iglesia. Hizo imprimir para ellos el Nuevo Testamento en su propio idioma, y extractos de los libros del Antiguo Testamento. Estando un día de Navidad en la isla de Norfolk, fué despertado por una reunión de unos veinte melanesios, á cuya cabeza iba el señor Bice, que cantaban canciones de Navidad en la puerta de su dormitorio. «¡Cuán delicioso fué aquello! dice, me había acostado con el Libro de alabanzas á mi lado, y en mi espíritu el himno del señor Keble; y ahora las traducciones de Mota, que ya nos eran familiares, del Himno de los ángeles y de «La luz para iluminar á los gentiles,» cantados también por uno de

nuestros discípulos paganos, que llevaba la voz principal. Sus voces sonaban frescas y claras en la silenciosa media noche, el cielo tan perfectamente límpido, la tranquila luna y el clima templado y agradable. Permanecí despierto mucho después, pensando en el bienaventurado cambio operado en sus espíritus, pensando en mi suerte feliz, felicísima, de cuán inmerecida lo ha sido y lo es, y ¡perdiéndome en la maravillosa bondad, misericordia y amor de Dios!

Debemos apresurarnos hacia su último viaje al archipiélago de Santa Cruz. Los buques piratas ó rateros de hombres, de Queensland, andaban rondando las islas con el propósito de arrancar por la fuerza á los indígenas para que trabajasen en sus fincas. Algunas de las islas estaban casi despobladas. Cinco individuos habían sido arrebatados de Nukapu por los hombres de Queensland. Cuando el buque del obispo se aproximaba á la isla, vieron que cuatro canoas daban vueltas entre los arrecifes de corales. Sintiendo lástima el obispo por estos infelices, ordenó echar el bote al agua. Entró en él acompañado por cuatro hombres. Al aproximarse á las canoas, subió á una de ellas el obispo, en la que estaban dos jefes, que antes habían sido amigos. La canoa se dirigió á la costa, en la cual vieron desembarcar al obispo los hombres del bote, perdiéndole de vista en seguida.

El bote se quedó con las otras canoas. De pronto se levantó un indígena en una de las canoas y arrojó sobre los hombres del bote una de sus flechas de una vara de largo. Otros hicieron lo mismo. El bote hizo remos hacia atrás rápidamente hasta que estuvo fuera de alcance, pero no antes que tres de los cuatro hombres hubiesen sido heridos. ¿Pero qué había sido del obispo? Había sido asesinado en la ribera. Se observó que se aproximaban dos canoas, una llena de indígenas, la otra aparentemente vacía. Los indígenas regresaron en sus canoas; la otra, con un motón en medio, se movía hacia adelante. El bote del buque se le acercó y el marinero dijo al mirar la canoa: «Ésos son los botines del obispo.» Se atracó á la canoa, y se trashedó el cuerpo, que estaba envuelto en una estera in-

dígena. Cuando se sacó la estera, se vió al obispo, con su plácida sonrisa dibujándose en su rostro. Una hoja de palma estaba asegurada sobre su pecho, y cuando se abrió la estera, viéronse cinco heridas en su cuerpo.

«La extraña y misteriosa belleza de estas circunstancias, dice la señorita Yonge, casi le hacen sentir á uno como si esto fuera la leyenda de un mártir de la Iglesia primitiva.» No hubo uno de aquellos que le amaban y veneraban, que no sintiese que esa era la muerte que siempre había esperado, y que siempre había estado dispuesto á dar su vida en cumplimiento de su deber. Era evidente que había sido muerto por venganza. ¡Cinco hombres habían sido robados de Nukapu por los miserables filibusteros de Queenstown: ¡y ésta era la consecuencia!

La dulce y tranquila sonrisa de la fisonomía del obispo, predicaba la paz á los tristes que perdían su espíritu guiador, pero no pudieron verla por mucho tiempo. En la mañana siguiente fué entregado á las aguas del Pacífico el cuerpo de Juan Coleridge Patteson. Fué á su descanso, al morir, como había vivido, en el servicio de su Maestro. Su fin fué la paz.

Pocos años después fué visitada la isla de Santa Cruz, en 1875, por el comodoro Goodenough, del buque de Su Majestad *Perla*. Tenía muchos deseos de ver el lugar de la muerte del obispo, aunque le aconsejaron que no lo hiciera así, á causa del carácter traidor de los indígenas. Con todo, desembarcó en la isla. Al principio parecieron amistosos los habitantes. Volvió á desembarcar, pero la conducta de aquéllos le pareció tan sospechosa que ordenó á su gente el inmediato reembarco.

En una carta — la última que escribió — describe la escena. «Vi á un indígena á la izquierda que arreglaba una flecha en el arco, y en un instante, mientras yo estaba pensando que sería una amenaza ó un juego, vino silbando la flecha y penetró en mi costado izquierdo. Grité: ¡á los botes! me arranqué la flecha, y salté á la ribera, oyendo silbar una lluvia de flechas en torno mío. Al llegar á los botes, vino en el acto el cirujano y curó la herida, quemándola bien con cáustico.» Cinco días después, añade: «Estoy muy bien; mi única molestia es un dolor en la

espalda, que me impide dormir. No siento... » Aquí concluyen sus palabras. No pudo terminar la carta.

Le dió el tétano y se perdió toda esperanza de salvarle. Recibió la noticia de su peligroso estado con la tranquilidad perfecta de un hombre cuya vida entera ha sido una preparación larga para la muerte. Mandó que se le llevara sobre cubierta, y mientras la tripulación se reunía en torno suyo en silencioso dolor, les habló con amor y ternura, y les encareció que siguiesen sus pasos. Pasó á su eterno descanso tranquilamente, y su cuerpo fué entregado al abismo del mar. Así pereció un hombre de quien Inglaterra podía difícilmente prescindir. Era un modelo noble del marino verdadero y del caballero cristiano.

No tenemos espacio para mencionar los hechos heroicos de otros misioneros cristianos, de los jesuitas en el Japón, China y América del Norte y del Sur; de los moravios en Groenlandia, los Estados-Unidos y el África; de Juan Eliot, el primer misionero entre los indios americanos, y de David Brainerd, y Jonatan Edwards ¹ que le siguió; de Martyn, Heber, Carey, y Marshman, en la India; de la familia Judson, en Burmah; de Carlos Federico Mackensie, el misionero mártir del Zambese; y de Samuel Marsden, el patriarca del cristianismo en Australia ².

¡Honor á vosotros, nobles héroes cristianos, conocidos ó ignorados; á todos aquellos que dedican su tiempo y su traba-

1. Cuando el presidente Edwards fué expulsado de su iglesia en Northampton, Massachusetts, á causa de su proyecto de reformar la moral de su congregación, se fué como misionero entre los indios de Stockbridge, para predicar el Evangelio. Permaneció seis años entre ellos, ayudado grandemente por su mujer; y durante esa época compuso sus obras más profundas y valiosas. La razón que hubo para despedirle fué la siguiente: algunos jóvenes de su rebaño habíanse procurado algunas publicaciones obscenas y las propagaban para infección de otros. Edwards llamó á los miembros principales de su parroquia, y les manifestó lo que habia. Dijo el nombre de las personas que estaban complicadas en ello. Resultó que casi todas las familias del pueblo tenían uno ú otro pariente implicado en el asunto. Los principales de la congregación se opusieron abiertamente á su pastor con la mayor insolencia y desprecio; y fué en seguida despedido por una mayoría de doscientos contra veinte. Ésta fué la causa de su vida de misionero entre los indios.

2. Una relación admirable de estos misioneros, se encuentra en la obra de la señorita Yonge: *Pioneers and Founders*.

jo para diseminar el conocimiento de lo que alivia, conforta, y salva; á aquellos que dan su vida por la religión; y á todos aquellos que ayudan á los pobres, á los que luchan, y á los no civilizados para que alcancen bendiciones más elevadas que las de esta transitoria vida!